

dos maravedís para reina: condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

— Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, — respondió D. Quijote; — que él le ^a dará ^b lo que más le ^c convenga; pero no apoques tu
5 ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado.

— No haré, señor mío, — respondió Sancho, — y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

<p><i>a.</i> ...que él dará. C.₁, L._{1,2}, FK. — ...que él te dará. C.₂, BOW., ARG._{1,2}, BENJ. = <i>b.</i> ...dará á lo que. BR._{1,2} =</p>	<p><i>c.</i> ...lo que más te convenga. ARG._{1,2}, BENJ., FK. — ...lo que más conven- ga. MAL.</p>
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

alto este rasgo delicado? Él mismo censura con razón al licenciado Avellaneda por la simplicidad que éste tuvo en haber tenido un nombre tomado por un verbigracia, por el verdadero nombre de la mujer de Sancho.» (*Cervantes vindicado*, pág. 29.)

1. ...condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. — Apenas si ha entrado en el ejercicio escuderil cuando ya tiene á su amo por caballero andante hecho y derecho; no le ha visto salir victorioso de ninguna aventura, puesto que aun no ha topado con ellas, y ya la codicia y la esperanza de granjearse muy luego el gobierno de una insula, de tal modo dominan en su ánimo, de tal suerte han trastornado el buen sentido del humilde campesino, que juzga no caería bien en su mujer el título de reina, pero si admite de buen grado que acaso no le sentara mal el de condesa. Aquí, el *Dios y ayuda*, no es una limitación á sus ambiciones, sino fórmula de falsa modestia; ¡que también la gente del pueblo usa, á su modo, de urbanidad y cortesía!

1. ...condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. — Humorística, como lo es, esta última frase, no se desdénaron de usarla en obras religiosas escritores como Malón de Chaide: «La razón desto es, porque ya por nuestros pecados tenemos tan estragado el gusto para todo lo que es Dios y virtud, que para poder tragar lo que desta materia se nos dice, es menester darnoslo con mil salsillas y sainetes, y muy bien guisado, y aun Dios y ayuda que así lo podemos comer.» (*La Conversión de la Madalena*, B.^a R.^a, tomo 27, pág. 277.)



CAPÍTULO VIII

Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable
y jamás imaginada aventura de los molinos de viento
con otros sucesos dignos de felice^a recordación

EN esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay
5 en aquel campo; y, así como D. Quijote los vió, dijo á su escudero: «— La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que
acertáramos ^b á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde
se descubren treinta ó pocos ^c más desaforados gigantes con quien ^d
10 pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos

a. ...feliz. MAL. = *b.* ...acertaremos. V.₁. = *c.* ...poco. GASP.
d. ...con quienes. ARR.

Línea 5. ...descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento. — Al fracaso de su primera salida parece debió seguirse la más cruel de las desilusiones, y en esto se cifra el mérito de la fábula cervantesca: en el artificio de continuar una narración que podía darse por terminada. Por eso al llegar á este capítulo, y siguientes, experimenta el lector un secreto placer, ve los objetos como son en sí; y al contemplar luego el sorprendente modo con que los aprende D. Quijote, el disfraz con que los viste su fantasía, y que los arranques de valor se cuentan por los sucesos y aventuras que sobre él llovieron, entonces el contraste de tan graciosas como inesperadas situaciones despierta al punto, sin darse cuenta del cómo, la idea de lo cómico, con tal fuerza, contrayéndonos al presente acontecimiento, que esta aventura jamás se borra de nuestra imaginación. Todos sabían, y sabemos, qué son y para qué sirven los molinos de viento; pero no se hubieran inmortalizado si á ellos no fuese unida la idea del descalabro que en su temeridad desatentada sufrió D. Quijote.

comenzaremos á enriquecer. Que « esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

— ¿Qué gigantes? — dijo Sancho Panza.

— Aquellos que allí ves, — respondió su amo, — de los brazos
5 largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

— Mire vuestra merced, — respondió Sancho, — que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas^b, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

10 — Bien parece, — respondió D. Quijote, — que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y, si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. »

Y, diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que,
15 sin duda alguna, eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran^c gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces
20 altas: « — Non^d fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. » Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse; lo cual visto por D. Quijote, dijo: « — Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar. »

a. ...enriquecer esta es buena. V. 1. = | era gigantes. Br. 1. 2. = d. No fuyades.
b. ...son las aspas. V. 1. = c. ...que | L. 1. 2. Ton.

7. ...no son gigantes, sino molinos de viento. — Que el estado mental de D. Quijote le llevase á la alucinación de tomar los molinos de viento por gigantes, parece naturalísimo. El calor de un día de los más ardorosos de Julio; su anhelo, mejor dicho, el delirio de nuevas y extraordinarias aventuras; le hicieron ver, en las aspas, largos y poderosos brazos; en la caseta, el cuerpo descomunal de foragido gigante: no de otra manera que muchos, sin ser locos, descubren en la luna la efigie de cara humana, transportada allí en castigo á su tenacidad por el intento de querer arrancar á los astros el secreto que ocultan á nuestra vulgar mirada.

23. « — Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo. — Lo que en boca de un valentón fuera hipóbole exagerada (si la hipóbole, hija de la petulancia, consiente el epíteto), en boca de D. Quijote no merece censura. Para él, los cien brazos del Briareo de la fábula, aquellos brazos que, ya blandían en cada mano una espada, ya abrazaban un escudo para herir y defenderse del omnipotente Júpiter, son poca cosa en comparación con su valentía.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela^a, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante y embistió con el primero^b molino que estaba
5 delante, y, dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al^c caballo y al caballero, que fué rodando, muy mal trecho, por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y, cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe^d que
10 dió con él Rocinante.

« — ¡Válame Dios! — dijo Sancho. — ¿No le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento? » Y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza.

« — Calla, amigo Sancho, — respondió D. Quijote, — que las cosas
15 de la guerra, más que otras, están^e sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Fris-
tón^f, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la
20 enemistad que me tiene; mas, al cabo, al cabo^g, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

— Dios lo haga como puede, — respondió Sancho Panza. »

Y, ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y, hablando en la pasada aventura, siguie-
25 ron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía D. Quijote que no

a. ...de su adarga. ARG. 1. 2. BENJ. = | d. ...el galope. GASP. = e. ...estás suje-
b. ...primer. Riv., ARG. 1. 2. MAL., BENJ., | tas. C. 3. = f. ...Fristón. ARG. 1. 2. BENJ.
FK. = c. ...el caballo. V. 1. 2. MIL. = | = g. ...mas, al cabo, han. L. 1. PELL.

2. ...bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante. — La oposición, el contraste que se descubre entre el brio de este arremeter y el inconsciente voltear de los molinos, son parte á aumentar lo cómico de la situación en que aparece á nuestros ojos el héroe de la novela.

4. ...y embistió con el primero molino que estaba delante. — De ásperos modales, la *o* resistió durante siglos á la lima del buen gusto; y fué tan rehacia que en nuestra misma edad de oro no sufría, á veces, que los adjetivos *primero*, *tercero* y otros prescindiesen de ella cuando preceden al substantivo.

25. ...Puerto Lápice. — « Puerto Lápice ó Lápice, es lugar conocido desde muy remotos tiempos, siendo probable que en la época romana existiera población en este punto ó, por lo menos, un fuerte, para abrigo y seguridad de los caminantes, como así inclina á pensar la demolición de ruinas y paredones

era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza; y, diciéndoselo á su escudero, le dijo: «— Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto^a la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco^b, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó^c tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca;

a. ...rota la espada. C. 1.º, L. 1.º, V. 1.º, BR. 1.º, MIL. = b. ...ó tronco. ARG. 1.º = c. ...y machucó tantos moros. ARG. 2.º

románicos conservados á través de los tiempos, hasta que, por la ignorancia y el desconocimiento de su valor histórico, los fueron derribando totalmente para construir un mesón en las primicias del pasado siglo.

De modo que, ventas primero, quinterías más tarde y posadas después, fueron origen de la fundación del pueblo que lleva hoy el nombre de Puerto Lápiche, por razón del sitio en donde está enclavado.» (De *El Eco Complutense*, 4 Febrero de 1905.)

Siendo, como en verdad lo era, lugar muy pasajero, se deja entender que D. Quijote lo tomase por teatro donde se pudiesen meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras.

Para nosotros, el trozo tiene tal vida y frescura, que diríase impresión de cosa presente.

4. ...un caballero español, llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco. — Hace alusión el novelista al romance de Lorenzo de Sepúlveda, en el que se relata el cerco de Jerez, en donde Diego Pérez de Vargas adquirió el sobrenombre de *Machuca*:

«Jerez, aquesa nombrada, — cercada era de cristianos:
Cercóla el infante Alfonso, — hijo de Fernando el Santo.
Allí está Don Álvar Pérez — que de Vargas es llamado,
Y Diego Pérez de Vargas, — y otros nobles hijosdalgo.

Tras dellos va Diego Pérez, — por fuerte se ha señalado;
Andando por la batalla, — la lanza se le ha quebrado;
También se quebró su espada, — no tiene armas en la mano.
Llegado se había á un olivo, — un grueso ramo ha quebrado
Hecho á manera de porra, — á la lid había tornado.
Matando iba en los moros, — mal los iba lastimando:
Al moro que una vez hiere, — no es menester ser curado.
Discurre por la batalla, — hiriendo iba y matando.»

7. ...y machucó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca. — Aun renunciando al uso del galicismo *pretencioso*, podemos acogernos al adjetivo *relamido* para decir que peca por exceso de pulcritud, que se quiebra de sutil, el Sr. Hartzenbusch, al defender que la lección *machucó* ha de sobreponerse á la de *machacó*, adoptada por todos.

Machacar esparto, machacar piedra, son actos tan conocidos que no han menester de explicación ni se ha de advertir que, para realizarlos, es preciso

y, así él como sus descendientes, se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque de la pri-

dar repetidísimos golpes. Al pesado en su conversación se le llama *machaca*, y al que lo es en demasia *machacón*.

Covarrubias da como sinónimos los vocablos *machacar, machucar* y *magullar*.

Para nuestro *Diccionario de Autoridades*, *machacar* vale lo mismo que *machucar*; para nuestros escritores también:

«Para que estos materiales se incorporen, y ella se pueda *machacar* sin que se le vaya el polvo.» (ESPIN. *Art. Ballest.*, libro I, cap. 5.)

«Tomaron á los Santos, y pusieron sus cabezas sobre piedras, y con nuevo género de crueldad se las *machucaron* con otras piedras.» (RIVADENEYRA. *Vida de San Vicente, Sabina y Cristeta*.)

Aunque iguales en su significación, al crítico del texto del *Quijote*, que no ha de hacer gala de innovador, ni aun en lo que parezca nimio ó indiferente, será preferido el *machucó*, aunque fuera necesario desechar el pueril argumento de que *Machuca* desciende por *linea recta* del mismo tronco que *machucó*.

1. ...y, así él como sus descendientes, se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. — Léese en el cap. 20 de la *Crónica de San Fernando* que «Don Álvar Pérez, con el placer de las porradas que oía dar á Diego Vargas, decía cada vez que oía los golpes: — Así, Diego, *machuca, machuca*.»

Con ocasión de la justa celebrada en Madrid en 1620, escribió Lope de Vega un romance panegirico, del que entresacamos los siguientes versos:

«Pedro de Vargas *Machuca*, — alta la blanca visera,
Mostró en la fisonomía — gravedad y sutileza;
Como machucaba moros — su ascendiente por la vega
De Granada, nuestro Vargas — machuca también poetas...»

¿Alude al cargo de censor de comedias que desempeñó durante varios años?

En el *Laurel de Apolo*, silva VIII, dice el mismo poeta:

«Pedro de Vargas, apellido noble
De aquel *Machuca*, ilustre caballero,
Que roto en partes el sangriento acero
Quitando el brazo á un roble
Hizo en los moros tan cruel estrago
Que el Betis fué por él sangriento lago;
Con la pluma valiente
No dejará laurel que no derribe
En envidiosa frente,
Tan circunspecto y erudito escribe...»

Y en el romance de Sepúlveda, anteriormente citado, se lee también:

«Cuando lo vido Álvar Pérez, — gran placer había tomado;
Agradábanle los golpes — que Diego Pérez va dando.
Dijole: — Diego, *machuca*, — *machuca* como esforzado,
No nos quede moro á vida — todos mueran á tu mano. —
Llamáronle á Diego Pérez, — de *Machuca* el afamado;
De aquel día en adelante, — este renombre le han dado.»

mera encina ó roble que se me depare pienso desgajar otro tronco^a, tal y tan bueno como aquel que^b me imagino; y pienso hacer con él tales^c hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas^d, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

5 — Á la mano de Dios, — dijo Sancho; — yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de^e ser del^f molimiento de la caída.

10 — Así es la verdad, — respondió^g D. Quijote; — y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le^h salgan las tripas por ella.

15 — Si eso es así, no tengo yo que replicar, — respondió Sancho; — pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también, con los escuderos de los caballeros andantes, eso del no quejarse. »

20 No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero; y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sanchoⁱ que mirase que era

a. ...otro, brancón. ARG.₁. — ...otro tronco. ARG.₂. = b. ...y me imagino. ARG.₁. = c. ...tantas hazañas. TOX. = d. ...venir á verlas. C.₁, L._{1,2}, FK. =

e. ...debe ser. BR.₃, TOX. = f. ...ser molimiento. A.₁, ARR. = g. ...dijo D. Quijote. TOX. = h. ...se les salgan. ARG._{1,2}, BENJ. = i. ...Sancho Panza que. L.₁.

1. ...desgajar otro tronco. — «Clemencin cree que está mal esto, porque es imposible desgajar un tronco. «¿De dónde se le desgaja?» pregunta y sigue: «un tronco puede arrancarse, pero no desgajarse; esto sólo conviene al ramo.» ; Falso, señor erudito! *Desgajar* se aplica al ramo, es cierto, en su primera acepción; pero en la segunda es *despedazar, romper*, etc. (*Diccionario de la Academia*.) Esto es lo que pensaba hacer D. Quijote, que iba á *romper* un tronco para servirse de uno de sus pedazos. Así hizo el caballero del Febo, como se ve en el romance XI, cuando, después de haber roto la espada en la peña que atravesó con ella:

«Un fuerte tronco desgaja.»

Y así hicieron otros que pudiera traer. Por lo que creo que ni *en este punto*, ni *pocos renglones antes*, cometió el autor la *inexactitud* que cree el crítico.» (URDANETA. *Cervantes y la crítica*, pág. 521.)

10. ...no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna. — No sabemos si en la orden de caballería se prohibía á los que la profesaban quejarse ni aun de las heridas que podían recibir; pero sabemos que en la *divisa* de los *Caballeros de la Banda*, creados por Alfonso XI en 1330, se leían estas palabras: «Otro si: todo caballero de la Banda nunca debe decir ¡ay! É lo más que podiere excuse de quejarse por ferida que haya.»

hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho, lo mejor que pudo, sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de^a espacio, y de cuando en cuando^b empinaba^b la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y, en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que^c fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos^d árboles, y del uno dellos desgajó D. Quijote un ramo seco, que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió D. Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó^e toda^d, y no fueran parte para despertarle, si^e su amo no le^f llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dió un tiento á la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afigiósele^g el corazón, por parecerle que no llevaban^h camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse D. Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápice, y á obra de las tresⁱ del día le descubrieron.

a. ...muy de su espacio. C.₁, L._{1,2}, ARG._{1,2}, BENJ., FK. = b. ...empinaba la bota. BR._{1,2}. = c. ...entre los árboles. L.₁. = d. ...llevó y no fueran. L.₂. = e. ...despertarle, y su amo. BR.₃, AMB. =

f. ...no lo llamara. C.₁, L._{1,2}. = g. ...y afigióse el corazón. C._{2,3}, BR._{1,2,3}, AMB. — ...y afigióse el corazón. V._{1,2}, MIL. = h. ...no llevaba camino. RIV., FK. = i. ...las diez del día. ARG._{1,2}, BENJ.

22. ...ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. — En el templo del arte clásico nunca cesarán las alabanzas que la dulce melodía de éste y otros pasajes del *Quijote* provocan; porque si á la belleza interna de una obra, si al color, al movimiento y á la vida de las ideas, cualidades superiores y en verdad estéticas, se junta el halago del oído, que seduce y regala, entonces el deleite artístico sube de punto y un como soplo de simpatía se comunica á lectores ú oyentes.

« — Aquí, — dijo, en viéndole, D. Quijote, — podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente
5 baja, que, en tal caso, bien puedes ayudarme; pero, si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería^a que me ayudes hasta que seas armado caballero.

— Por cierto, señor, — respondió Sancho, — que vuestra merced
10 sea^b muy bien obedecido en esto, y más, que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que, en lo que tocara^c á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiera^d agraviarle.

15 — No digo yo menos, — respondió D. Quijote; — pero, en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á^e raya tus naturales impetus.

— Digo que así lo haré, — respondió Sancho; — y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo. »

20 Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos^f dromedarios, que no

a. ...caballerías. L.₁. = b. ...será. CL., RIV., ARG.₁, BENJ. = c. ...toca. TON. = d. ...quiere. RIV. = e. ...tener raya. L.₂. = f. ...sobre los dromedarios. L.₂.

1. « — Aquí... podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. — Á la graciosa aventura de los molinos de viento, siguese ahora un cuadro lleno de colorido. Aun están frescas sus pinceladas: aquí, en la parte superior, sabios, encantadores, los monjes con sendas mulas como castillos; en el centro, el regocijado episodio del colérico vizcaíno; al fin, la brusca interrupción de rigurosa contienda entre dos campeones, cuya bélica actitud pone espanto en quien los mira. Tal es el fondo de la bellísima narración que se nos ofrece en este capítulo. En ella resaltan toques de Velázquez, coronados, en su conjunto, con la hermosa forma que á tan original invención prestan la gala y donaire de la opulenta lengua castellana.

10. ...que yo de mío me soy pacífico. — Frase adverbial que vale tanto como naturalmente. « Yo soy caritativo de mío », dijo Sancho á la duquesa en aquella regocijada entrevista que á presencia de las doncellas celebraron.

21. ...sobre dos dromedarios. — Creer que cuanto acontece á D. Quijote se ha puesto en la fábula para acomodar estos sucesos á los diversos trances por que pasaron los caballeros andantes; alardear de erudición para sostener tesis tan desprovista de fundamento; más que por necia pedantería, ha de tomarse como ofensivo á la ingeniosa invención del novelista.

eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus anteojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias
5 con un^a muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó D. Quijote, cuando dijo á su escudero: « — O yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya^b visto; porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser y son, sin duda, algunos encantado-
10 res que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

— Peor será esto que los molinos de viento, — dijo Sancho. — Mire, señor, que aquello son frailes de San Benito, y el coche debe^c de ser de alguna gente pasajera; mire que^d digo que mire bien lo
15 que hace, no sea el diablo que le engañe.

— Ya te he dicho, Sancho, — respondió D. Quijote, — que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y^e ahora lo verás. »

Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino
20 por donde los frailes venían; y, en llegando tan cerca que á él le pa-

a. ... con muy. L.₂. = b. ...se ha visto. V.₁, MIL. = d. ...mire digo. TON. = A.₁, ARR. = e. ...coche deben ser alguna. e. ...es verdad, ahora. L.₂.

1. Traían sus anteojos de camino. — « Debieron ser caretas con cristales para precaverse del polvo. Esta especie de máscara, lo negro, largo y anchuroso del ropaje, el tamaño de las mulas, y la casualidad de venir detrás el coche, todas estas circunstancias reunidas, excitaron en el cerebro de D. Quijote la idea de que los frailes eran encantadores que llevaban robada alguna princesa, como las que él había leído en sus libros. » (CLEMENCÍN. *Notas al « Quijote ».*)

9. ...aquellos bultos negros que allí parecen. — Sólo á los bisoños en lengua castellana se les puede ocultar que el *allí parecen* es equivalente á *allí se ven*; y baste este ejemplo para derramar cuanta luz sea menester sobre aquel otro pasaje: « ...unas alforjas tan sutiles que apenas se parecían », comentado ya en la nota de la página 86.

15. ...mire que digo que mire bien lo que hace. — ¿ En cuál de nuestras mejores escuelas aprendió Cervantes á escribir con tan vívida realidad como esta? ¿ No vence aquí el maravilloso arte de imitar al pueblo, arte no aprendido, pues con razón se llama nuestro autor *ingenio lego* al arte de hablar y escribir, llámese Retórica ó Preceptiva literaria, como quieren los mal avenidos con la tradicional denominación?

reció que le podrían^a oír lo que dijese, en alta voz dijo: «—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas: si no, aparejaos á recibir presta muerte por justo^b castigo de vuestras malas obras.»

5 Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de D. Quijote como de sus razones, á las cuales respondieron: «—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas
10 princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla», —dijo D. Quijote. Y sin esperar más respuesta,

a. ... que le podían oír. A. 1.º, PELL, ARR., CL., RIV., GASP., ARG. 1.º, BENJ.

b. ... por gusto castigo. BR. 3.º, AMB.

9. ...y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. — «Si vienen ó no algunas forzadas princesas»: aunque los frailes debían saber gramática, hoy mismo son muy pocos los que, aun perteneciendo al número de los intelectuales, no cometen igual falta, al menos en la conversación.

11. ...ya yo os conozco. — No ha faltado quien critique á Cervantes por la cacofonía de *ya yo*. Los que tal hicieron desconocen el énfasis de la frase y que, si ha de tenerse por vicio, es muy antiguo. Le apadrinaron Lope de Vega y todos los clásicos. De su antigüedad dará razón esta cita:

«*Ya yo* lo puse en un rencón de mi casa. A comiéronmelo los mures. Et dije el mercadero: *Ya yo* oí decir muchas veces que non ha cosa que más los mures que el fierro...» (*El Libro de Calila é Dimna*. «Biblioteca Rivadeneyra», tomo 51, pág. 33.)

En todas las obras de Cervantes se hallan ejemplos de lo mismo:

«Creyendo que era muerto paró en medio de la cura, certificando á todos que *ya yo* desta vida había pasado.» (*Galatea*, libro V.)

«Puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que *ya yo* tengo barruntos... que es muy calificado y generoso.» (*Rinconete y Cortadillo*.)

«...no se lea la casa que *ya yo* sé dónde es.» (*Rinconete y Cortadillo*.)

12. ...fementida canalla. — Para los defensores del sentido oculto del *Quijote*, es éste uno de los pasajes que más abonan su arbitraria interpretación. El psicólogo, el alienista, dirían por ventura hallarse en presencia de verdadera alucinación, uno de aquellos momentos en que la exaltación de ánimo hacía ver los objetos, al bueno del hidalgo, no como los ofrece la realidad, sino como los presenta la acalorada fantasía de quien perdió la razón.

Cuantos en España han pretendido hacer de Cervantes nada menos que un dogmatizador... ¡¡protestante!!, los que no aciertan á deponer sus prejuicios religiosos, leen con singular fruición lo de: *Ya yo os conozco, fementida canalla*, aparentando ignorar que Revilla, Valera, Asensio, Tubino y otros, algunos de ellos librepensadores, pase lo absurdo del vocablo, han negado

picó á Rocinante, y, la lanza baja, arremetió contra el primero^a fraile con tanta furia y denuedo, que, si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que

a. ...contra el primer fraile. MAI.

que en el *Quijote*, y singularmente en este pasaje, haya *sentido oculto*, *esotérico*, *misterioso* y *simbólico*. Porque ello es irrefutable: si, adhiriéndose al parecer de entendidos alienistas, admiten de buen grado que en el alma del buen caballero dominaba en aquellos instantes la más sugestiva de las alucinaciones, pareciéndole gigantes los molinos de viento, y alta princesa la señora que iba camino de Sevilla, ¿por qué deja de ser alucinado, preguntamos, cuando de los frailes se trata? ¿á qué fenómeno de frenopatía ha de atribuirse este recobrar el juicio, este ver los objetos como son en sí y proferir palabras intencionadas en cuanto toca á la Religión y proceder como loco en el mismo instante llamando princesa á una señora particular? ¿Era manía religiosa la que padecía D. Quijote?

La serenidad, prenda juntamente de acierto y decoro; la serenidad que ha de presidir todas las decisiones de la crítica, pide, en nombre de la imparcialidad, á los mantenedores del sentido oculto del *Quijote*, que, frente á los pasajes en que, á su juicio, se descubren alusiones poco respetuosas á los principios religiosos, malévolas reticencias é intencionados ataques, se pongan aquellos otros con los que parece demostrarse que el ilustre complutense fué católico, como la mayoría de sus contemporáneos, sin recatarse de hacer manifestaciones por nadie exigidas.

¿Pudo faltarle entereza de ánimo para hacerlas en sentido opuesto? Que respondan al lector las mismas palabras del Príncipe de los ingenios.

Á los cuarenta y cuatro años de haber tomado parte en el combate de Lepanto, cuando soplabla en torno suyo el viento del protestantismo, acaso el huracán de la incredulidad, según que al campo de ésta ó de la Reforma quieren llevarle los apóstoles del simbolismo, escribió estas memorables palabras:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen á los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron; y es esto en mí de manera que, si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella.»

Y poco antes, cuando, á juicio de los paladines del sentido oculto, se reñían en la inmensidad de su alma recias batallas entre la fe casi perdida y el campeón de las nuevas ideas, no temió escribir: «Una cosa me atreveré á decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyerá á algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano.»